

1936: HISTORIA LITERARIA DE UN AÑO

José-Carlos Mainer

No es una superstición cronológica que la Biblioteca Nacional haya querido conmemorar el octogésimo aniversario de los escritores que fallecieron en 1936 y cuyos derechos sobre su obra pasarán al dominio público el 1 de enero de 2017. Ciertamente que el año de 1936 no es una fecha más en la historia de nuestro país (y del mundo), pero tampoco deja de tener importancia que recordemos -al inicio de cada anualidad- la existencia de una legislación de alcance prácticamente universal cuyo significado histórico ha sido enorme.

Tras siglos de pelea de los escritores por su independencia y por la percepción de los lucros de su obra, el reconocimiento de los derechos de autor a sus titulares y a sus herederos ha sido un factor trascendental en la constitución de un *campo* cultural y artístico emancipado de la arbitrariedad inherente al mecenazgo, de las diferentes formas de subordinación al orden político-administrativo o religioso y de los abusos de editores, impresores y libreros que también peleaban por sus legítimas ganancias. Parte importante de esa victoria de la razón ha sido la garantía del paso de los derechos de autor al dominio público, lo que ha impuesto al Estado, en representación de toda la sociedad, unas obligaciones que conviene tener presentes. Y esto cuando se ha discutido tanto en los últimos tiempos la pertinencia y legitimidad de los “Estados culturales” y cuando el mundo de la difusión electrónica ha creado el espejismo de una suerte de dominio universal del acervo de lo escrito, basado en la masividad indiscriminada, en la gratuidad de su acceso y en la chapucería de su transmisión.

1936, ¿UN ANNUS HORRIBILIS O UN ANNUS MIRABILIS?

En 1953 el entonces Ministerio de Información y Turismo publicó un folleto de su colección “Temas Españoles” (número 47), dedicado a *Escritores asesinados por los rojos*, obra de José Sanz y Díaz, quien ya en 1939 hizo la primera antología de poetas franquistas, *Lira Bélica*, y ya anunciaba entonces su voluntad de escribir sobre este tema. El trabajo era, por supuesto, incompleto, enfático y vindicativo. Hace ahora treinta años, en abril de 1986, la Biblioteca Nacional acogió con ánimo muy distinto un ciclo de conferencias titulado “La literatura española en 1936: evocación y homenaje”, que organizó el Centro de las Letras Españolas (del Ministerio de Cultura), que entonces dirigía Francisco Rico. La fecha permitió que los conferenciantes principales fueran figuras relevantes que, de un modo u otro, habían vivido y padecido los acontecimientos de aquel año: Pedro Laín Entralgo dictó la primera conferencia y le siguieron Juan Marichal, María Zambrano, José Luis Cano y Julián Marías; incluso se celebró una mesa redonda, bajo el mismo rotulo del ciclo, que juntó a Rosa Chacel, Ernesto Giménez Caballero, José Antonio Maravall, Rafael Martínez Nadal y María Zambrano. Y otras conferencias recordaron –sin preferencias políticas- las figuras de Valle-Inclán, Muñoz Seca, Hinojosa, García Lorca, Ciges Aparicio, Unamuno y Maeztu, todos –menos dos- muertos a mano airada en los primeros meses de la guerra.

Ochenta años después de su inicio, muchos se preguntan si el recuerdo de la guerra civil no es una obstinada manía española. Conviene, sin embargo, que recordemos que contiendas de esa naturaleza forman una suerte de *urszene* (*escena primitiva*, en el sentido freudiano de la expresión) que se repite en muchas otras sociedades. En los Estados Unidos, la guerra de Secesión sigue viva, siglo y medio después, como lo está la guerra civil que sucedió en Rusia a la revolución de 1917 y como la pugna de facciones en el largo proceso de la revolución mexicana (desde 1910 a la guerra de los *cristeros*) están presentes en los conflictos ideológicos que agitan a los dos países. En Francia e Italia, la segunda guerra mundial ocultó las contiendas civiles que afloraron en 1941 y en 1943 y que todavía hoy no dejan de movilizar la discusión historiográfica y la memoria de muchas familias; en Grecia, las decisiones políticas de los vencedores de 1945 dieron origen a otra cruenta guerra civil, del mismo modo que el orden internacional impuesto entonces solapó fuertes confrontaciones intestinas en los países de la Europa oriental... Ninguna de ellas ha dejado

de ser un incómodo fantasma familiar de sus respectivas sociedades. Y, a menudo, un tema literario tan sugerente como pertinaz.

El estallido de la guerra española, la duración y crueldad de la contienda y el larguísimo periodo de posguerra no fueron, sin embargo, una catástrofe inevitable, aunque las inquinas se retroalimentaran unas a otras y aunque la violencia política estuviera muy presente desde 1934. Pero esto sucedía también en otros lugares de Europa y el disenso político, así como la imputación de ilegitimidad al régimen republicano, no eran mayoritarias ni superiores en España a los niveles de la Francia de 1936, y no digamos a los registrados en Alemania en los primeros años treinta. La república española era un solitario Estado de derecho en un mosaico de dictaduras (Portugal, Grecia, Finlandia, Hungría, Rumanía...) y de regímenes tambaleantes (Austria, Yugoslavia, Polonia...). Y ofrecía un panorama cultural brillante y animado: una mezcla de modernidad ansiosa y de fidelidad a lo tradicional, en la que dialogaban activamente quienes habían despertado a la vida pública en los últimos años del siglo XIX, quienes vivieron la fiebre reformista y europeizadora de 1910-1920, los entusiastas de las vanguardias que marcaron el tercer decenio del siglo y los radicales y *comprometidos* –de un signo u otro– de las promociones que asomaron a la vida pública en aquel año de 1930, tan poblado de augurios. Y, en ese orden de cosas, puede resultar una sorpresa que precisamente el año de 1936 saludara la aparición de obras literarias de primera magnitud, culminación de un fecundo periodo.

En aquel año, Antonio Machado, ya poco ganoso de escribir y publicar, dio la edición definitiva de sus *Poesías completas* y se decidió también a compilar las prosas de *Juan de Mairena*, tan hondas y zumbonas a la vez, que vieron la luz al final de la primavera. Juan Ramón Jiménez, que andaba un tanto a la greña con sus epígonos y con los defensores de una poética comprometida, publicó un ensayo, *Política poética* (editado por el Instituto del Libro Español), que tiene mucho de profesión de fe de su idealismo republicano, a la vez que perfilaba el esbozo de los tomos de su obra completa que había iniciado con la publicación de *Canción* en este mismo año de 1936. El 11 de enero de 1936 Azorín estrenó su obra teatral *La guerrilla*, ambientada en los días de la guerra contra Napoleón y que contaba los amores entre una española y un oficial del ejército francés, que debe castigar la muerte de sus soldados a manos de los feroces guerrilleros. Y no faltó quien observara que

aquella obra fundamentalmente psicológica estaba impregnada del clima de pugnacidad que vivía el país. Tampoco Pío Baroja andaba muy optimista al propósito. En enero de aquel año acabó *El cura de Monleón*, segundo título de la trilogía “La juventud perdida”, de nombre tan revelador, donde Baroja, siempre incrédulo, hizo un notable esfuerzo de documentación para explorar los motivos y las lecturas que llevan a un joven cura rural al abandono de su fe y su misión.

La exploración de los resortes psicológicos del comportamiento era una moda europea a la que sucumbió el más importante de los novelistas de la nueva izquierda, Ramón J. Sender, que en 1936 dio *Míster Witt en el Cantón*, la novela de un desamor y de la derrota personal de un hombre tibio en el marco de la sublevación cantonal de la Cartagena de 1873. Eran los años en que muchos leían las biografías que se traducían de Emil Ludwig, Andrés Maurois, o Stefan Zweig (su *María Antonieta* fue la lectura de muchos espíritus atribulados en los días de la guerra civil), y el doctor Gregorio Marañón, tras su reciente “ensayo biológico” sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo, confirmó su interés por el género con un estupendo libro sobre *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar* que no tenía nada que envidiar a los mejores trabajos de los escritores citados.

Si Juan Ramón Jiménez había sentido la comezón de organizar como unidad el despliegue de su obra poética, otros escritores algo más jóvenes se aplicaron al mismo propósito: lo hizo Jorge Guillén al insistir en su primer título de 1928, *Cántico*, que en 1936 se reeditó con nuevos poemas, siempre con el mismo título, pero haciendo su contenido más complejo y abierto, menos estático. Luis Cernuda limpió fondos, eliminó versos que le gustaban menos y halló un nombre para su obra total, *La realidad y el deseo*, a cuyas exigentes literalidad y sentido fue fiel hasta el final de sus días. Pedro Salinas había cautivado a los escritores jóvenes con un arrebatado libro de amor en 1933, *La voz a ti debida*, y en 1936 lo continuó, algo menos jubiloso, más alarmado y fatalista, en *Razón de amor*, que proseguía la misma historia de idilio clandestino. Que todavía prolongó, tiempo después, en un inquieto *Largo lamento*. “Cántico” era un título que abundaba porque expresaba intensidad lírica y propósito de continuidad: Ernestina de Champourcín lo utilizó este año de 1936 en su *Cántico inútil*, que se publicó poco antes de su novela autobiográfica *La casa de enfrente*. Miguel Hernández ha sido hasta entonces un juvenil meteoro poético campesino al

que todos quieren ayudar; en 1936, cercano al grupo estético de la “Escuela de Vallecas”, publicó un libro casi todo de sonetos, *El rayo que no cesa*, que transparentaba, tras sus metáforas atrevidas, la turbulenta relación amorosa con la pintora Maruja Mallo y la más tranquila con su novia del pueblo.

Lo juvenil estaba de moda porque, entre otras cosas, los escritores era cada vez más jóvenes. En 1927 Ortega, siempre ansioso de dictaminar sobre los signos del momento, publicó en *El Sol* la serie de artículos “Dinámica del tiempo”. El primero, “Masas”, fue el germen del libro que ya preparaba, *La rebelión de las masas*; el segundo, “Los escaparates mandan”, habló de la exhibición y el gasto en la moda; el tercero se tituló “Juventud” y el cuarto (que sigue hablando de ella) trató de la difuminación de lo “¿Masculino o femenino?”. Le parecía que la jactanciosa exhibición de juventud era, a la fecha, el más rotundo imperativo biológico de distinción. No hay antecedentes históricos de ese culto, apunta: en el mundo griego, la mocedad de Alcibíades estaba compensada por la madurez de Sócrates y en el juvenilismo aparente del siglo romántico, ser joven estaba marcado por el fracaso, por el deseo de abandonar la juventud. Pero los jóvenes de hoy quieren serlo ilimitadamente: “El joven actual habita hoy su juventud con tal resolución y denuedo, con tal abandono y seguridad que parece existir sólo en ella”.

Los cuatro personajes de la comedia de Enrique Jardiel Poncela, *Morirse es un error*, estrenada en Madrid el 2 de mayo de 1936, están ya abandonando la juventud pero logran realizar su deseo de seguir siendo jóvenes siempre, más que sus propios hijos que ya no los comprenden. Después de acabada la guerra, Jardiel cambió el título de su comedia por el que había tenido originalmente, *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*, para no suscitar suspicacias entre los deudos de las víctimas de la contienda. Pero la obra no perdió la desenvoltura –un poco cínica– que heredó de los grandes de la comedia cinematográfica americana, porque Jardiel concibió su obra cuando trabajaba en Estados Unidos y precisamente para estrenarla en Nueva York. También son orgullosos jóvenes, y además idealistas y luchadores, los protagonistas de *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona, estrenada en Barcelona a fines de 1935 y en Madrid, con gran éxito, en la primavera de 1936. El autor llevó a su comedia un recuerdo muy personal de los pedagogos progresistas de los años treinta y del clima, entre intelectual y bohemio, de la Residencia de Estudiantes y

de las Misiones Pedagógicas, que él había conocido. Y logró una obra que se convirtió en un emblema de la renovación que muchos esperaban del Frente Popular. Algo de los motivos que habían llevado la revolución al ánimo de muchas gentes se reflejó también en las novelas de Andrés Carranque de Ríos que, en 1936, dio a conocer *Cinematógrafo*, un amargo retrato de los “estudios” madrileños que el autor conocía como técnico. Sobre ella volveremos, ya que Carranque murió en el año de su éxito.

Desde hacía veinte años por lo menos, la literatura catalana perseguía su institucionalización que, en buena parte, había logrado con la madurez del *noucentisme*, aunque en los años treinta ya se andaba buscando otra cosa, como en el resto del país. El joven Guillermo Diaz-Plaja, que escribía en castellano y catalán, seguía siendo muy fiel al modelo de d’Ors pero también al de su admirado Azorín. Lo demostró en *El arte de quedarse solo y otros ensayos*, que es uno de los libros de ensayos más incitantes del momento. No fue el único libro importante de 1936, que fue también otro *annus mirabilis* de las letras catalanas: lo demuestran los sonetos de *Sol, i de dol...*, de J.V.Foix, conceptuosos y rotundos, que fueron un hito de la lengua poética catalana; el sarcástico *Bestiari*, de Pere Quart (Joan Oliver); la compleja novela *Vals*, de Francesc Trabal, y la realista y áspera *Terres del Ebre*, de Sebastià Juan Arbó. Aquella urgencia de institucionalización era el *mot d’ordre* de todas las lenguas no castellanas. En el caso del euskera la normalización de la lengua comportaba también un proceso de modernización de los temas literarios, que habitualmente seguían acogidos a modelos folclóricos de signo rural y piadoso y orientados por clérigos, en muchas ocasiones. Uno de estos, Joseba Ariztimuño, Aitzol, fue, sin embargo, quien en 1930 dirigió la sociedad Euskaltzaleak que renovó mucho el ambiente. En el caso de Galicia, la batalla del idioma (el cambio de actitud de los hablantes respecto a su lengua propia) se había logrado con las campañas de las Irmandades da Fala, desde 1916; la simbiosis de lo folclórico y lo moderno se consiguió no mucho después y brillantemente en las páginas de la revista *Nós* (1919). Y los frutos de aquella mezcla fueron notables: en 1936, el joven Rafael Dieste –que escribía en gallego y castellano- publicó un ensayo, *La vieja piel del mundo (Sobre el origen de la tragedia)*, que revelaba una originalidad y madurez de pensamiento excepcionales.

Desde principios de siglo era evidente la presencia de un modelo policéntrico en el campo de la cultura española, en que no sólo participaron las zonas de lengua propia sino

también aquellas que no la tenían. Inicialmente se trabajó, sobre todo, con material regionalista y costumbrista; hacia 1910, sin abandonar del todo el localismo, se integraron progresivamente elementos de la modernidad. El éxito de la fórmula consiguió logros espectaculares en las islas Canarias donde la revista tinerfeña *gaceta de arte* (en minúsculas, al modo de la caligrafía “democrática” de la Bauhaus) se convirtió en una avanzada del arte nuevo: acogieron la exposición surrealista de 1935 y en 1936, otra muestra de arte contemporáneo de la muy activa Asociación de Amigos de las Artes Nuevas (ADLAN). Un poeta de Tenerife, Emeterio Gutiérrez Albelo, redactor de la revista, publicó en 1936 uno de los mejores y más agresivos libros del surrealismo español, *Enigma del invitado*. A muchos kilómetros de allí, en Zaragoza, donde la remoción estética corría de cuenta de la activa revista *Noreste*, otro poeta local, Gil Comin Gargallo (que firmó J. Comín Gargallo), publicó uno de los poemarios revolucionarios más llamativos de 1936, *Remora y evasión*, cuya tónica queda reflejada en los títulos de dos de sus composiciones, “Remedo de Maiakoski” y “Se despide Crevel de la conciencia burguesa”. Ambas revistas publicaron sus últimas entregas en 1936: *Noreste* imprimió –por error- dos números 14, con fechas de Invierno y Primavera de 1936; la *gaceta* publicó el 38 y último en junio de 1936. Después de los acontecimientos de julio, los rebeldes, los reformadores y los simpatizantes pagaron caras sus demasías en el ambiente ñoño y beato que se impuso. Canarias y Zaragoza fueron centros nodales de la sublevación militar y a muchos redactores de *gaceta de arte* y *Noreste* eso les costó la vida o el encarcelamiento. Tranquiliza saber que, algunos años después, Gutiérrez Albelo cambió su lira surrealista por la religiosa y que Comín Gargallo, aunque fue expulsado del banco donde trabajaba, siguió escribiendo sobre literatura, convertido en un inofensivo bohemio cercano a la mendicidad.

BLANCOS O ROJOS: ESCRITORES E INTELLECTUALES ASESINADOS EN 1936

“Se fusila más que se combate”, “se fusila como se tala”: ambas frases las escribió Antoine de Saint-Éxupéry en uno de sus reportajes barceloneses sobre el comienzo de la guerra, cuando las autoridades militares (en la zona franquista) o las milicias de voluntarios (en todas partes) impusieron aquella ley. Las patrullas detenían y liquidaban presuntos enemigos y, a menudo, acudían a las cárceles donde se había encerrado a los

sospechosos para fusilarlos. Aquellas *sacas* y *paseos* pasaron pronto al lenguaje común. Ninguno de los autores que se citarán en este trabajo murió con las armas en la mano, dando la vida por sus ideas, sino por iniquas inmemoriales, represalias o delaciones: por tanto, fueron casi siempre asesinados, la mayoría sin formación de causa. Por tratarse de los asesinatos de naturaleza más explícitamente política, iniciaremos el recorrido por aquella selva de iniquidades con la relación de los políticos inmolados, a la que seguirá la de representantes de la iglesia católica (que también fue –con pocas excepciones- otra fuerza política activa en el conflicto).

A manos de milicianos izquierdistas de Madrid cayeron dos de los fundadores del fascismo español: Onésimo Redondo Ortega (1904) y Ramiro Ledesma Ramos (1905). El tercero y más importante, José Antonio Primo de Rivera (1903), fue juzgado y condenado a muerte por la autoridad judicial republicana. El más ajeno a las letras fue Onésimo Redondo, abogado católico, defensor de los propietarios remolacheros de Valladolid y el único de los fascistas españoles que –por razón de una estancia en Alemania- era notoriamente antisemita. Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera tuvieron ambiciones de escritores. El primero fue un autodidacto interesado por la filosofía y las matemáticas que en 1924 publicó una extraña novela, *El secreto de la muerte*, dedicada a Miguel de Unamuno y espejo de su megalomanía misántropa y quizá también de su vulnerabilidad. Primo de Rivera fue un orador fluido, de resabios orteguianos, y entre los manuscritos que dejó a su muerte está el esbozo de una curiosa novela autobiográfica, *Alarico Alfós*, que muestra las tribulaciones de un señorito aristócrata patéticamente tímido ante las damas. En los días de su encarcelamiento final volvió sobre ella y la rebautizó como *El navegante solitario*. A manos de los republicanos murió también el tribuno carlista Víctor Pradera (1872), fundador del Bloque Nacional (junto con José Calvo Sotelo), a quien las autoridades de San Sebastián habían encerrado en la cárcel de Ondarreta. Había sido uno de los colaboradores de *Acción Española*, la revista de diciembre de 1931, y su fusilamiento se produjo poco antes de caer la ciudad en manos de los sublevados, en las tapias del cementerio de Polloe.

Víctima de los franquistas fue Alexandre Bóveda (1903), republicano y galleguista, íntimo de Castelao, que simultaneó su condición de alto funcionario de Hacienda y el ejercicio del periodismo político; corrió su misma suerte Blas Infante Pérez de Vargas

que en 1915 publicó *El ideal andaluz*, libro de cabecera del andalucismo moderno, y cuatro años después de su asesinato fue considerado culpable por el Tribunal de Responsabilidades Políticas. También fue víctima de un grupo de sicarios Manuel Ciges Aparicio (1873), gobernador civil de Ávila que había sido un periodista de nota y autor de unas interesantísimas memorias juveniles cuyo primer volumen, *Del cautiverio* (1903), fue escrito en la prisión militar de La Habana en 1898, y luego de narraciones como *La romería* (1910), brutal estampa de una orgía pueblerina, y *Los vencedores* (1912), sobre la “huelgona” asturiana de la minería del carbón. Hacía años que había abandonado la escritura de novelas y una parte de su radicalismo. La exalcaldesa de la localidad zaragozana de Gallur, María Domínguez Remón (1882), socialista, fue la primera regidora de España. Al estallar la guerra, se refugió en su pueblo natal y allí fueron asesinados ella y poco después, su marido; escribió bastante en la prensa y dejó un libro, *Opiniones de mujer* (1934), que contiene artículos feministas y uno sobre la figura de Joaquín Costa y la República. Le puso como prólogo una conferencia de la periodista Hildegart Rodríguez, pionera del feminismo español, que acababa de morir en dramáticas circunstancias.

La eliminación sistemática de sacerdotes (más de seis mil, que contrasta con la cifra muy exigua –unas 300- de religiosas asesinadas) fue uno de los episodios más arcaicos de aquella contienda de símbolos que fue la guerra civil. La pavorosa poda produjo efectos contrarios a los buscados y retrasó por muchos años la secularización de la vida del país. Y tampoco benefició a la propia iglesia española en el camino de su reforma e integración en una sociedad laica, pues recompuso sus filas con la apresurada recluta de seminaristas rurales, excombatientes en muchos casos. Como es sabido, el Vaticano tardó años en aceptar la incómoda beatificación de aquellos millares de víctimas. Se fusiló a seminaristas casi adolescentes, a jóvenes o viejos párrocos de aldea, a religiosos dedicados a la enseñanza o la atención hospitalaria, y por supuesto, también a algunas figuras de significación cultural revelante. El jesuíta Zacarías García Villada (1879) era uno de los más destacados paleógrafos españoles de su tiempo, como se reconoció en su ingreso en la Academia de la Historia (1935), y autor de un libro póstumo, *El destino de España en la historia universal*, que compiló las conferencias que había pronunciado por invitación de la revista *Acción Española*. Se había refugiado en casa de unos sobrinos y su muerte -en la carretera de Vicálvaro, cerca del cementerio de La Almudena- escandalizó a Pío Baroja, como consignó en

Misericordias de la guerra. El agustino Julián Zarco Cuevas (1887), beatificado por Benedicto XVI, fue bibliotecario del Monasterio de El Escorial y autor de una excelente monografía sobre *Pintores españoles de San Lorenzo el Real de El Escorial* (1931), que sigue siendo una pieza de referencia; fue muerto en una de las treinta y tres *sacas* de noviembre que acabaron en fusilamientos masivos en las cercanías de Paracuellos de Jarama. El padre Pedro Poveda Castroverde (1874), canonizado por Juan Pablo II, fundó en 1911 la Institución Teresiana como agrupación de laicos para la difusión de los ideales cristianos en la enseñanza y ocupa un lugar relevante en la poco brillante historia del feminismo católico. Publicó bastante y, aunque reacio a los honores, aceptó ser capellán real en 1921; murió fusilado en el cementerio de Madrid. Pero los republicanos no fueron los únicos en matar clérigos. Fueron soldados y milicias franquistas los que asesinaron a Joseba Ariztimuño Olaso (Aitzol) (1896), a quien ya hemos recordado como sacerdote y nacionalista vasco, renovador de la lengua literaria y autor del libro *La muerte del euskera* (1931). Fue uno de los dieciséis sacerdotes que murieron por ser nacionalistas o capellanes de los batallones vascos que defendían la república.

El recuerdo de la muerte de Federico García Lorca sigue estremeciendo a cualquier persona sensible. Padeció la misma angustia y dolor que las otras víctimas pero, en su caso, su muerte cortó en plena madurez una de las carreras literarias más fascinantes del momento, tan pródiga en logros definitivos como en capacidad de cambiar. En los últimos años de su vida, Lorca había escrito un libro de originalidad indiscutible, *Poeta en Nueva York*, y la turbadora lírica torrencial del *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, a la par que la más concentrada de *Diván del Tamarit*; había llevado a la culminación su teatro trágico de base realista en *La casa de Bernarda Alba* y perseveraba en la configuración de una escena onírica y simbólica, presente en lo que conservamos de *El público*. Su vida íntima había alcanzado un cierto equilibrio, era consciente de la repercusión y el compromiso de su creación y se sentía rodeado de amistad y noble emulación. En las circunstancias de su muerte aparecen mezquindades locales, envidias y cobardías, y hasta intentos de ocultar la verdad por parte de los primeros responsables del desafuero. Y una ominosa sensación de destino fatal, al decidir Lorca volver a Granada desde Madrid, cuando un Madrid convulso era quizá mejor paradero que una Granada en manos de sus enemigos.

Todo esto, sumado la imposibilidad de localizar su tumba, le ha conferido la condición –a veces, muy pesada- de ser un símbolo de la sinrazón de la guerra. Pero no fue la única trayectoria truncada en su mejor momento... El escritor, pintor y escultor anarquista Ramón Acín Aquilué, fue fusilado en Huesca de donde era natural por quienes fueron sus vecinos. Todo el mundo leía sus artículos amenos y apasionados (en 1928 publicó un precioso manifiesto sobre Goya en su centenario), admiraba sus esculturas, pinturas y dibujos y parecía no tener enemigos. Su asesinato fue particularmente avieso y cruel. Nuestro hombre se había ocultado provisionalmente en su propio domicilio, pero un día oyó cómo una patrulla había entrado en el piso y maltrataba a su esposa, Conchita Monrás; Acín salió espontáneamente a defenderla y fue detenido, sacado a empellones de su casa y fusilado al poco. Diecisiete días después le ocurría lo mismo a su mujer, sin otra responsabilidad política que haberlo sido.

En su libro *Las armas y las letras*, Andrés Trapiello ha subrayado el paralelismo de otros dos escritores sacrificados, jóvenes y prometedores. José María Hinojosa (1904) fue víctima de una saca que respondió al bombardeo de los depósitos malagueños de la CAMPSA por parte de los sublevados. Había sido amigo de los poetas malagueños –José Moreno Villa, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre (cuyo hermano Luis fue fusilado en su misma saca)- y de García Lorca, a quien conoció en Granada cuando estudiaba derecho. E incluso había acompañado al más esquinado José Bergamín en su viaje de novios por Rusia y los países nórdicos. Fue uno de los primeros experimentadores de una poesía cercana al surrealismo y, fiel a sus orígenes familiares, se radicalizó en 1931 y entró en la política. Su último libro, *La sangre en libertad*, se publicó ese año y sus violentas imágenes parecen tener algo de premonitorio. También era un escritor más que estimable Francisco Valdés (1892), hijo de terratenientes extremeños que estudió en Madrid y frecuentó a Juan Ramón Jiménez y, de su mano, acudió a menudo a la Residencia de Estudiantes. Después de 1931 fue concejal de su pueblo, Don Benito, y antirrepublicano. Murió en una de las sacas de agosto que siguieron a la caída de Badajoz y la terrible matanza de republicanos que le siguió. Valdés osciló entre un regionalismo refinado (*Ocho estampas extremeñas, con su marco*, 1932) y el ensayo literario creativo que abordó en dos libros notables, *Resonancias y Letras. Notas de un lector*. Más tenues son las pistas –también señaladas por Trapiello- de otro periodista de *ABC*, Ramón Martínez de la Riva, cuya fecha de nacimiento no conozco,

dedicado a la crítica de cine, aunque también me consta como autor de sendas biografías de *Maura* y *Blasco Ibáñez. Su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas*, y de un libro de entrevistas, *El libro de la vida nacional. Conversaciones con grandes españoles* (1920), donde lo mismo se habla de las escuelas costianas y de la jornada diaria del monarca que de las opiniones del comediógrafo Enrique García Álvarez. Una necrológica en *ABC*, tres años después de su asesinato, recuerda que esta aconteció el 25 de septiembre de 1936 y no parece que una despectiva alusión de Alberti –que le llamaba “periodista monarquizante” en una entrevista cercana- sea la razón para su asesinato.

Pero tan dramático como segar vidas esperanzadoras fue acabar con vidas fecundas que estaban ya en su último tramo. Quienes sacaron a Ramiro de Maeztu y Withney (1874) de la cárcel madrileña de Ventas para fusilarle en Aravaca, ignoraban que aquel anciano lo había sido todo en el mundo de las ideas: emigrante en Cuba donde advirtió la inviabilidad del régimen colonial, nietzscheano furibundo, analista incomparable del desastre de 1898 (sobre el que publicó un libro fundamental, *Hacia otra España*, en 1899), defensor de Joaquín Costa, entusiasta de los nipones en su confrontación con los rusos, ideólogo simultáneo de la clase obrera y de la mentalidad capitalista y uno de los primeros definidores de la condición intelectual en España, corresponsal en Londres desde 1905, fervoroso aliadófilo en 1914, converso al catolicismo y al movimiento inglés de las Ligas (el *guildismo*), admirador del capitalismo norteamericano y partidario de la Dictadura de Primo de Rivera. Sus victimarios sólo conocían, si acaso, sus años de embajador en Buenos Aires, su adhesión al concepto de Hispanidad y los días airados y proféticos de *Acción Española*. Otros milicianos anarquistas barceloneses sacaron del lecho donde yacía enfermo a Manuel Bueno Bengoechea (1874), coetáneo estricto de Maeztu, periodista de batalla como él, que tuvo la desgracia de provocar la manquera de Valle Inclán al golpearle con un bastón en el brazo. Clavó en la carne uno de los gemelos que llevaba su amigo y pocos días después se produjo la gangrena. Ya en 1914 Bueno fue diputado conservador y también apoyó a la Dictadura; había sido un novelista interesante que sus últimos años se hizo más apocalíptico: su último libro, *Los nietos de Danton* (1936), es un diagnóstico del fracaso moral de los intelectuales españoles, que vale la pena releer.

En Madrid había ido a vivir, y encontró la muerte por fusilamiento en agosto de 1936, Federico Santander y Ruiz-Giménez, periodista vallisoletano que fue largo tiempo director de *El Norte de Castilla* y colaborador asiduo de la “Biblioteca Patria”, una colección de novelitas edificantes que sufragó un patronato de aristócratas católicos y de obispos con el propósito de contrarrestar las malas influencias de las colecciones de relatos naturalistas que siguieron al éxito de la serie *El Cuento Semanal* (1907). Todas estas muertes traslucieron el odio popular contra una clase social –la burguesía intelectual que se veía al servicio de los oligarcas monárquicos y la jerarquía católica- y contra un periodo político -el de la baja Restauración- cuyo recuerdo se asociaba a los desastres coloniales, en Ultramar y en Marruecos, al incipiente capitalismo de Estado y a la pugna de los sindicatos anarquistas y los pistoleros de la patronal.

Seguramente esa fue la causa por la que se tomó venganza en algunos a los que se vio como complacientes juglares de aquella sociedad denostada. Este fue el caso de Honorio Maura Gamazo (1885), hijo del político conservador Antonio y hermano del republicano moderado Miguel, que había sido un comediógrafo popular y algo frívolo (*Susana tiene un secreto* y *Julieta compra un hijo*, ambas en colaboración con Gregorio Martínez Sierra, y *La condesita y su bailarín*), aunque en sus últimos años, como diputado de Renovación Española, se dedicó a escribir artículos bastante incendiarios en *ABC*. A sus verdugos de San Sebastián les sonaba el apellido y el eco de aquellas soflamas, como les sucedió a los que acabaron con la vida de Pedro Muñoz Seca (1879), el inventor de la *astracanada* y cuya inventiva verbal fue inmensa. Los retruécanos y las bromas de *La venganza de don Mendo* (1918), parodia de un drama romántico, circulan todavía, lo mismo que nos asombra lo moderno de su comedia musical (“zarzuela sin música” la tituló) *Los extremeños se tocan*. Pero sus enemigos recordaban más sus recientes burlas del sindicalismo en *La oca*, que presentaba las ocurrencias de una “Libre Asociación de Obreros Cansados y Aburridos”. Detenido en Barcelona (donde asistía al estreno de *La niña del rizo*, sátira de la vida republicana), fue trasladado a la cárcel de San Antón en Madrid y de allí fue conducido a Paracuellos en una de las últimas sacas del terrible noviembre de 1936. Su muerte ha suscitado cierta leyenda, pero ni parece cierto su alegato ante los verdugos (resumido, vendría a decir: podeis quitármelo todo, pero no el miedo que tengo) y menos todavía la leyenda de la inmediata posguerra que achacó al bohemio Pedro Luis de Gálvez la

muerte del escritor, por pura inquina envidiosa. Al cabo, Gálvez también fue fusilado por los franquistas en 1940, pese a haber declarado ante sus jueces que había salvado la vida de los escritores Ricardo León, Cristóbal de Castro, Emilio Carrere y Pedro Mata, e incluso del futbolista Ricardo Zamora. Durante toda la guerra había vestido de miliciano armado pero parece muy discutible que tuviera una *cheka* propia, como quien tiene una pensión de transeúntes...

También fue víctima de su pertenencia a un grupo social el escritor bilbaino Fernando de la Quadra Salcedo (1889), que se titulaba Marqués de los Castillejos y pretendió los títulos de Rey de Navarra y de Andorra. Casi siempre impecable, publicó trabajos eruditos e hizo indagaciones de genealogía; fue miembro muy activo de la “Escuela Romana del Pirineo”, movimiento estético-político en pro de un vasquismo no nacionalista (y tampoco ajeno a los brotes autoritarios del momento), fundado por Ramón de Bastera. Los *Ensayos sobre el Renacimiento vasco* (1918), de Quadra Salcedo, son un buen acercamiento a los ideales de la “Escuela”. Y en esa misma cuerda publicó un libro de poemas bastante malos, *El versolari* (1917), que contó con una “Emoción lírica” a modo de prólogo, que le envió Ramón del Valle-Inclán. Detenido en julio de 1936, fue encerrado en el barco-prisión *Altuna Mendi* y fusilado allí mismo en septiembre. Su contertulio y conmilitón, el ágrafo Pedro de Eguillor (1877), abogado y bibliófilo, anfitrión indiscutido de los reunidos en el “Lyon d’Or”, en la Gran Vía bilbaina, vivió su cautiverio en la cárcel de los Ángeles Custodios y fue asesinado cuando una numerosa partida de anarquistas asaltó los centros de reclusión de la ciudad el 4 de enero de 1937, después de un fuerte bombardeo de la aviación franquista.

LAS MUERTES DOMÉSTICAS DE 1936

El 5 de enero de 1936 murió Ramón del Valle-Inclán (1866) que desde el año anterior estaba acogido a los cuidados de la Clínica del doctor Villar Iglesias, en Santiago, donde se trataba una vieja dolencia de vejiga transformada en cáncer. Su muerte conmovió al país entero y su entierro fue laico y muy breve. Lo último que había publicado era una calurosa reseña de *Mi rebelión en Barcelona*, de Manuel Azaña, que vio la luz en *Ahora*, en

agosto de 1935. En política, Valle siempre había sido un culo de mal asiento, aunque partidario de los líderes con autoridad carismática y de las doctrinas populistas, lo mismo cuando fue carlista que cuando proclamó su admiración por el revolucionario mexicano Álvaro Obregón, cuando se adhirió a los Amigos de la Unión Soviética, o cuando ensalzó los logros económicos de Mussolini. Ahora, tras haberse dejado querer por Alejandro Lerroux, se sentía partidario fervoroso del Frente Popular y por culpa de unos días no pudo votarlo, como tampoco llegó a ver la edición de sus cuentos completos, *Flores de almendro*, que publicó en primavera el librero Bergua en una edición popular, casi a la vez que el diario *Ahora* daba a conocer su narración póstuma *El trueno dorado*, una revisión a fondo de la segunda parte de su novela *La Corte de los Milagros*.

Valle-Inclán era uno de los escritores que habían venido a más en los últimos años, pero la mayoría de los intelectuales que también fallecieron por causas naturales a lo largo del año eran, con alguna contada excepción, sobrevivientes del pasado o de sus propias leyendas. Entre las excepciones estuvo Antón Villar Ponte (1881), periodista en Cuba y en Galicia, donde publicó *Nacionalismo gallego. Nuestra afirmación regional* (1916), que fue el manifiesto de la fundación de las Irmandades da Fala, cuya importancia ya se ha resaltado. Su muerte le impidió tomar posesión del escaño de diputado del Partido Galeguista, integrado en el Frente Popular. También era un sabio con nombradía popular el ingeniero cántabro Leonardo Torres Quevedo (1852), inventor de tantas máquinas singulares (calculadoras algebraicas, transbordadores, dirigibles, ajedrecistas automáticos, un precoz sistema de control de aparatos por ondas hertzianas que llamó *telekino...*) que conocieron por entonces repercusión universal. Era además uno de los difusores del esperanto en España y había sucedido a Galdós en la Real Academia Española en 1920. Sin embargo, Andrés Carranque de Ríos, que murió de un cáncer el 6 de octubre de 1936, fue un auténtico malogrado. Era, sin duda, el único escritor español obrero, autodidacto y revolucionario. Y en tres novelas, una por año, logró ser –al lado de Ramón J. Sender– el narrador realista de más porvenir. Algo debía su forma de narrar a Pío Baroja, a quien conoció cuando Carranque trabajaba en los estudios donde se rodó la adaptación de *Zalacain el aventurero*, porque el veterano escritor compuso un expresivo prólogo para *Uno* (1934), su libro más autobiográfico. El segundo, *La vida difícil* (1935), fue el más maduro y tiene algo de *Viaje al fin de la noche* español, pero sin la acidez del desclasamiento pugnaz

de Céline; el tercero, *Cinematógrafo*, se publicó en 1936 y ya ha sido citado como una de las mejores novelas del año.

Francisco Villaespesa, que murió el Jueves Santo, 9 de abril, era, sin embargo, un valor literario amortizado. Él había traído a Madrid a Juan Ramón Jiménez y, con la ayuda decisiva de Rubén Darío y otros amigos, se había inventado el modernismo poético español: colorista, sentimental y más retórico que exquisito, que en 1910 era punto menos que un recuerdo. Poco antes había iniciado un teatro modernista de tema histórico, escrito en verso, que tuvo su popularidad pero no resistió la parodia que Ramón Pérez de Ayala hizo de su inventor en el personaje de Teófilo Pajares, de la novela *Troteras y danzaderas*, ni sobrevivió a la reseña que, algún tiempo después, enderezó el mismo escritor al estreno de *La Leona de Castilla*. A la fecha de 1936, tampoco pasaban de ser un recuerdo pintoresco las andanzas de Eugenio Muñoz Días (que siempre firmó Eugenio Noel) (1885) quien, olvidado de todos y al borde de la miseria, murió en una cama de alquiler de un hospital barcelonés, el 23 de abril. El cadáver fue trasladado a Madrid en un furgón ferroviario que quedó abandonado en una vía muerta de la estación de Zaragoza; por pura casualidad fue reexpedido y, al final, enterrado en el cementerio civil de la capital. Pero ya pocos recordaban su brioso testimonio de la guerra del Rif en 1909, que fue denunciado a la autoridad, ni las campañas antitaurinas y antiflamencas que comenzó en 1911 y que acompañó de espléndidas estampas literarias de una sociedad brutal que, a la fecha de 1936, no había cambiado mucho.

La popularidad de Francisco Grandmontagne (1866) fue también efímera. Había emigrado a Argentina cuando tenía veintiún años y se ganó la vida como periodista, además de publicar alguna novela de interés sobre la adaptación de la emigración a su nuevo escenario vital (*Teodoro Foronda (la evolución de la sociedad argentina)*, 1896). Regresó a España en 1903 y dedicó buena parte de su vida a hacer saber al país la odisea de aquellos emigrantes y la importancia política y económica de aquel nexo de unión de americanos y españoles. No fue el único cultivador de este *americanismo* de nuevo cuño, pero fue el más jaleado por los intelectuales. En 1921, por iniciativa de Ramón Gómez de la Serna, se le dio un banquete en el Mesón del Segoviano, que fue el momento cumbre de su reconocimiento y mereció un poema de Antonio Machado. Después vino el silencio y su discreta muerte en

San Sebastián, el 1 de junio. Más olvidada todavía estaba la obra de Emilio Gutiérrez Gamero (1844), sólo un año mayor que Galdós y como él, novelista e incluso académico. Su interés literario estribó en la redacción tardía de unas memorias llenas de anécdotas y curiosidades, pero de escasa sustancia personal. Las tituló con buen humor *Mis primeros ochenta años* y se iniciaron con el volumen homónimo en 1925; el sexto y último, melancólicamente titulado *Gota a gota el mar se agota*, había aparecido en 1934.

También era otro recuerdo histórico Apel.les Mestres (1854), dibujante, poeta y dramaturgo modernista, en lengua catalana, cuyo poemario *Liliana* (1911), ilustrado por él mismo fue expresión del contagio prerrafaelita. Algo después, sus versos cívicos de *Flors de sang* (1915), inspirados por el heroísmo francés en la guerra de 1914, fueron premiados en los Juegos Florales y le granjearon a su autor la Legión de Honor, otorgada en 1920 por el gobierno de Francia. Todo eso estaba tan lejos de la nueva literatura catalana como lo estaban los gustos de 1936 de los temas de Antonio Casero (1874), el poeta más popular del madrileñismo castizo en su libro *De Madrid al cielo* (1918) -que es todo un título revelador-; los relatos de Fernando Mora (1878), que militaba en la vertiente más “social” del madrileñismo, como demuestra *El patio de Monipodio. Novela de costumbres madrileñas* (1918), y los libretos de zarzuela del inagotable Joaquín Abati (1865), algunos tan populares como *El asombro de Damasco* (con música de Pablo Luna).

La labor de Menéndez Pidal al frente del Centro de Estudios Históricos de 1910 también había cambiado mucho el ámbito de los estudios de historia literaria. Por eso la obra tesonera y pulcra de Emilio Cotarelo y Mori (1857), gallego que abandono la abogacía para dedicarse a la erudición, parecía el fruto de una época de probos archiveros y pacientes transcriptoros. Se consideraba discípulo de Menéndez Pelayo (aunque el maestro sólo le llevaba un año) y le ayudó en la publicación de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles para la que Cotarelo preparó las ediciones de los sainetes de Ramón de la Cruz, de las comedias de Tirso de Molina y, sobre todo, la valiosa *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas*, de 1911, todas muy fiables. Trabajó y publicó sobre escritores del siglo de oro –Villamediana, Vélez de Guevara, Rojas Zorrilla...- y publicó sendas monografías dieciochescas, que todavía son citadas, sobre *Iriarte y su época* (1897) y sobre *Don Ramón de la Cruz y sus obras* (1899). Ingresó en la Real Academia en 1897 con un discurso sobre las

imitaciones del *Quijote* y dedicó buena parte de su vida a la docta casa. En ella murió, en las habitaciones que tradicionalmente se cedían al secretario de la institución, la madrugada del 27 de enero. Alfonso Par (1879), muerto en agosto de 1936, representa muy bien la laboriosidad entusiasta de los círculos catalanes de aficionados y bibliófilos. Él era wagneriano como muchos coetáneos suyos, pero consagró buena parte de su obra a rastrear la presencia de Shakespeare en la literatura española, aunque se le escaparon bastantes de las fichas más primerizas.

También la biografía política y el esfuerzo documental de Práxedes Zancada y Ruata (1879), de ascendientes sorianos, hijo de militar, que fue político y periodista, nos llevan al mundo de los liberales y reformistas que colaboraron con lealtad y a veces con desaliento en la gestión de la monarquía y ya no significaron nada después de 1931. Fue secretario personal del más significativo de todos, José Canalejas, y tras el asesinato de este, pasó al grupo de Melquiades Álvarez (que fue víctima de las primeras sacas de la Cárcel Modelo en agosto de 1936). Zancada fue diputado en las elecciones de dieron la jefatura de gobierno a Canalejas y en las de 1918. Muy vinculado al Instituto de Reformas Sociales, publicó una valiosa y pionera investigación, *El obrero en España (notas para su historia política y social)* (1902), que le prologó Canalejas; otra, menos citada, sobre *El trabajo de la mujer y el niño* (1904) y un ensayo sobre *El momento político actual* (1919). A la llegada de la Dictadura, formó parte de los Comités Paritarios que se organizaron para resolver los conflictos laborales y en sus intervenciones siguió siempre las tesis de la Unión General de Trabajadores, el sindicato socialista.

Miguel de Unamuno (1864) murió el día final de aquel año desdichado. La muerte le llegó en su casa, a media tarde, y sus acompañantes lo notaron al comprobar que una de sus zapatillas caseras humeaba en contacto con el brasero. No había sido una víctima de la guerra pero, desde el 18 de julio, lo que le quedaba de vida estuvo marcado por el horror, la decepción, la sensación de fracaso y desesperanza, que le produjo la contienda. Había visto en su infancia una guerra de esa naturaleza –la carlista- y moría en el seno de otra quien tantas veces había hablado de la necesidad de una “guerra civil de los espíritus”. Pero la guerra remota de 1869 había traído una reconciliación y pronto advirtió que la nueva era una “guerra incivil”... Tardó en saberlo, porque al principio aceptó las razones de la

sublevación del 18 de julio, continuó en su condición de concejal del ayuntamiento salmantino (que cubrió las bajas los de represaliados el 25 de julio) y no ahorró declaraciones públicas a favor de los sublevados, que alarmaron a muchos intelectuales europeos que se tenían por sus admiradores. El gobierno de la República lo destituyó del cargo de Rector Vitalicio de la Universidad de Salamanca el 23 de agosto, pero fue repuesto por decreto de 10 de septiembre dado por la Junta de Defensa de los sublevados. Pronto empezó a saber de la represión que afectaba a algunos vecinos y conocidos, pero el 12 de octubre, Fiesta de la Raza, no quiso eludir el acto público que se celebraría en el Paraninfo y cuya presidencia correspondía a Franco, que la había delegado en su persona. Colocado en el lugar de honor, entre la esposa de Franco, Carmen Polo, y el obispo Enrique Pla y Deniel, hubo de dar el turno a los oradores del día y sólo al final improvisó un parlamento que nos ha llegado a través de la memoria, bastante dispar, de los asistentes. Es seguro que habló de que “vencer no es convencer” y de que “conquistar no es convertir”. Y que calificó los hechos de “guerra incivil”. Y que reprendió a su colega, el catedrático Francisco Maldonado, que había calificado como “Anti-España” a las regiones autónomas vasca y catalana, recordándoles que el obispo Pla era natural de Barcelona y que él, que había enseñado a hablar en buen castellano a muchos salmantinos, era de Bilbao. El discurso fue interrumpido por los bramidos del general Millán Astray pidiendo muerte a los intelectuales y exigiendo que “viva la muerte”... No fue fácil oír la réplica de Unamuno, que quizá aludió entonces a la grandeza espiritual de otro mutilado, Miguel de Cervantes, al responder a quien exhibía con orgullo su condición de tuerto y manco por la patria.

Pasado el estupor inicial, las palabras del Rector precipitaron el final del acto y le granjearon un virtual confinamiento, más voluntario que otra cosa. Unamuno lo comprobó al acudir por la tarde a su tertulia habitual del Casino y ser abucheado por los asistentes, del tal forma que hubo de ir a buscarle su propio hijo Fernando. Las últimas composiciones de su *Cancionero (Diario poético)*, que había empezado en febrero de 1928 (se publicó en Buenos Aires, en 1953), reflejan una turbación de espíritu que también recoge, más explícitamente, el breve manuscrito que llamó *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y la guerra civil española* (y debajo la invocación del Padre Nuestro: “Venga a nos el tu reino”), donde equiparó la violencia cerril de los “hunos” (los republicanos) y los “hotros” (sublevados): “No son unos españoles contra otros –no hay Anti-España- sino toda España

una contra sí misma. Suicidio colectivo". Los falangistas, que siempre vindicaron como cosa propia el patriotismo descontentadizo de Unamuno, organizaron el entierro, que tuvo lugar el mismo día 1 de enero de 1937, según sus propios ritos mortuorios. Así empezaba el segundo año de la guerra, el que sus vencedores llamaron muy pronto "II Año Triunfal".